

RESEÑAS

zar el mejor de los mundos posibles, sin que se pueda retroceder; en consecuencia, conduce al hombre al inmovilismo absoluto, o bien le hace luchar por un imposible.

El balance final que Corazón hace del intento kantiano arroja notas muy revelantes y sorprendentemente actuales: cada doctrina se define como la única solución posible para los problemas de abuso de poder, al margen de cualidades morales de gobernantes y ciudadanos; la democracia se sacraliza, convirtiéndose en el criterio último para juzgar las acciones políticas; la libertad se convierte en liberación, situando la ética en un plano relativista y meramente extrínseco, a lo que se añade la depreciación del “bien común”, frente al pacto negociado que procede desde posturas ideológicas: no se hace antropología para decidir, sino que se parte de condicionamientos previos ajenos a la constitución del hombre; a esto se añade el rechazo de toda trascendencia y, por tanto, de unos Derechos Humanos objetivos, fundamentados en la condición humana.

También existen aspectos positivos de la doctrina política kantiana: la libertad se revaloriza, comenzando por la libertad de las conciencias; se da un mayor respeto —teórico— de la dignidad de la persona, en estrecho vínculo con la idea de “tolerancia”, y un mayor control de los poderes públicos por parte de los ciudadanos: en definitiva, muestra que el gobierno del sabio perfecto se ha de lograr mediante la limitación de cualquier poder ilimitado.

Rubén Pereda
Universidad de Navarra
rpereda@unav.es

CRUZ PRADOS, Alfredo, *La razón de la fuerza. Concepto y justicia de la guerra*, Madrid, Pearson-Prentice Hall, 2004.

Hay quien dice que la idea de progreso en la civilización occidental ha muerto. Es posible que haya recibido fuertes golpes, que haya sido cuestionada —con razón— desde diversos puntos de vista, pero sigue en pie. Expresión de esa conciencia de progreso es la distancia que muchas socie-

RESEÑAS

dades desarrolladas actuales creen haber puesto entre sí mismas y la posibilidad de provocar o sufrir una guerra. Tal extrañamiento no puede ser más engañoso: hace *apenas* 60 años, Europa comenzaba a cerrar el capítulo más negro de su historia como entidad histórica. Entonces, la matanza y la destrucción superaron todo lo conocido.

La relación entre una autoconciencia radicalmente extraña a la guerra y la proximidad en el tiempo del conflicto más devastador de la Historia podría definirse, superficialmente, en términos de una cruel ironía o una fuerte paradoja. Sin embargo, una observación más detenida revela aspectos insospechados en esa relación. ¿Y si el extrañamiento de la realidad de la guerra —manifestado en un desconocimiento teórico creciente y un rechazo moral cada vez más espantado— hubiera llevado a la civilización actual a formas cada vez menos humanizadas y racionales de practicarla?

Alfredo Cruz Prados nos tiene acostumbrados a los análisis profundos y las críticas agudas. Es de esos estudiosos cuya perspectiva guarda estrecha similitud con los objetos cortantes y punzantes, los cuchillos y los bisturíes. Esta vez, la cuestión a la que se enfrenta es la guerra. Y es particularmente atinada la paráfrasis con la que compone el título de su libro: si en el lema del escudo de una república sudamericana *razón y fuerza* aparecen como dos formas excluyentes y contrapuestas de realizar el destino nacional, el autor opone el argumento de que *también la fuerza posee su razón*.

El estudio inicia precisamente desde el presupuesto de la incompreensión generalizada frente al fenómeno de la guerra. Descubre en el abolicionismo y el pacifismo las dos formas típicas —de naturaleza voluntarista y moralista— que impiden el planteamiento en términos genuinamente *morales y políticos* del problema. Indaga en la profundidad significativa de la célebre sentencia de Clausewitz: la guerra como continuación de la política por otros medios. Afirma que sólo un concepto sustancial y primario de paz puede situar a la guerra en su lugar dentro del orden político y moral.

Pero la tesis más novedosa y reveladora del libro es el modo en el que se explica la necesaria racionalización y humanización de la guerra. Cruz Prados explica que racionalizar es poner límites, y humanizar es ajustar las acciones a proporciones humanas. Para mostrar el punto se apoya en la distinción, dentro del *ius belli*, entre el *ius ad bellum* (que puede traducir-

RESEÑAS

se como *derecho a la guerra*, o conjunto de principios y disposiciones relativas a la justificación de la acción bélica) y el *ius in bello* (o *derecho de guerra*, que establece los principios y disposiciones sobre el modo de llevar a cabo la acción bélica).

Se explica que la atención excluyente al *ius ad bellum* y la insistente y compleja discusión sobre la guerra justa han llevado a descuidar los problemas que plantea el modo de hacer la guerra, lo cual conduce a la satanización del enemigo y a la deshumanización de la confrontación bélica. La pretensión de reproducir en el plano internacional un orden jurídico similar al estatal ha agravado la situación, criminalizando a los vencidos en el conflicto armado, y forzándolos a éstos a formas irrestrictas y totalizantes de lucha. Cruz Prados invalida críticamente la difundida, peligrosa y confusa distinción entre agresión y legítima defensa, y se enfrenta a las perversas argumentaciones del consecuencialismo aplicado a la acción bélica.

La cuestión de fondo es sencilla de exponer, pero no tan sencilla de descubrir: sólo si se sabe qué es la guerra y cuáles son los medios lícitos para llevarla a cabo, es posible saber si existe causa justificada para iniciarla y si es posible y deseable evitarla. Desde la politicidad de la guerra y su necesaria racionalización se explica que sólo la idea de una comunidad y una coexistencia entre beligerantes puede poner límites a la acción bélica, puede distinguir entre aquello que es acto de guerra y aquello que no lo es.

El planteamiento es muy sólido y sigue un riguroso encadenamiento lógico. Sin embargo, su fuerza parece debilitarse al ser interpelado desde la aplicación práctica de una renovada concepción de la guerra según el *ius in bello*. A lectores pretendidamente desengañados, la tesis de Cruz Prados puede parecer ingenua o poco avisada. Una consideración sobre la impracticabilidad actual de un retorno a la limitación de la guerra no solamente salvaría al libro de impugnaciones de este tipo, sino que serviría para poner en relación la cuestión relativa a la idea del progreso y la guerra moderna.

En este sentido, no hubiera sido despreciable una breve consideración histórica: en las formas arcaicas del combate singular entre los jefes y las complejas prácticas de guerra de la época napoleónica podrían encontrarse ejemplos de limitación del conflicto. Desde esta perspectiva, el desplie-

RESEÑAS

gue de la concepción moderna de la guerra, que se inicia con la Revolución Francesa y llega a su expresión máxima con la capacidad de destrucción masiva que dan las armas termonucleares constituye en realidad un terrible retroceso civilizatorio.

Quizá un corolario *schmittiano* podría servir de sustento adicional al texto de Cruz Prados. Podría darse cuenta de las razones *ideológicas* (tanto por parte del humanitarismo universalista, que conduce a la radical incompreensión de la guerra, como el nacionalismo, cuestión cercana a los intereses del autor del libro, que transforma a las guerras en conflictos entre pueblos enteros) y *técnicas* (la aplicación a la guerra de los métodos de producción industrial) que convierten a la guerra moderna en un proceso difícilmente reversible.

El texto del autor se acompaña de una extensa selección de textos sobre la guerra, en un espectro que va desde el Antiguo Testamento a los recientes documentos de Naciones Unidas. En tiempos de extremos, dominados por criticismos desorbitados, legalismo rampante, cinismo descarado y remilgos moralizantes, el libro de Cruz Prados se revela como un magnífico instrumento para comprender la realidad oscura y terrible de la guerra.

Héctor Ghiretti
Universidad de Navarra
hghiret@alumni.unav.es

DERRIDA, J., *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, Trotta, Madrid, 2005.

¿Y por qué el juicio de los *mismos* ha de ser el *mismo* juicio o por qué, incluso, ha de ser tema el juicio *mismo*? Otra vez, por favor, que haya juicio otra vez, pero con otra voz.

La cuestión es, para Derrida, el juicio de la democracia: por ser ésta *krateo* sucede que la democracia es el poder sobre los susceptibles de ser gobernados y por ser además el *krateo* del *demos* sucede también que ese poder sobre esos susceptibles de ser gobernados se hace desde sí mismos,